

## DOMINGO SÉPTIMO DESPUES

### DE PENTECOSTES.

*El evangelio de este dia contiene los últimos periodos del admirable sermon que Jesucristo predicó sobre el monte. Despues de haber dado en él documentos muy saludables sobre la oracion, limosna, ayuno, amor del prójimo y perdon de las injurias, concluyó con estas palabras: Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego. De estas palabras sacaremos dos asuntos que, tanto por su novedad como por su doctrina, pueden ser de grande efecto, y son: el uno sobre la direccion de las obras á Dios, y el otro sobre los motivos por que Dios difiere á veces el castigo de los pecadores. Hélos aquí:*

#### Direccion de las obras á Dios.

Omnis arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur. (*Matth. vii, 19*).

Que el árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego, es decir, que el cristiano que no hace obras buenas, será borrado del número de los elegidos, y servirá de pábulo á las llamas eternas, cosa es tan clara y sabida, que no hay cristiano que la ignore. Lo que ignoran muchos, y tal vez muchos de entre vosotros, es lo que se requiere para que las obras sean buenas, y nos libren de esta desgraciada suer-

te. Las obras morales, fieles mios, son como los frutos: así como hay frutos que son muy bellos y agradables á la vista, pero no tienen ninguna sustancia ni sabor; así hay obras que son muy buenas en la apariencia, pero en el fondo no tienen ningun valor ni bondad.

Para que una obra moral pueda llamarse buena, no basta que lo sea en general y considerada en su especie; es menester que se le dé una bondad individual y práctica, animándola con una recta intencion, haciéndola con un fin honesto, dirigiéndola á mayor honra y gloria de Dios. Haced todas las obras buenas que querais: rezad, ayunad, dad limosna, frecuentad Sacramentos, practicad penitencias: si esto no lo dirigís á Dios; antes bien al hacerlo os proponéis algun fin humano y torcido, podrá parecer muy bueno á los hombres, que solo ven el exterior; pero no lo parecerá á Dios, que escudriña el corazon y penetra las intenciones. ¡Oh qué teología tan necesaria de saberse es esta! ¡Cuánto bien se pierde por no dirigirse á Dios! ¡cuántas obras, muy santas en sí, se convierten en pecados, por no estar animadas de un fin recto y de una sana intencion! Yo, pues, vengo á ocuparme de esta direccion de todas nuestras obras á Dios, haciéndoos ver que es necesaria, que es útil, y que es fácil.

Para demostrar que tenéis obligacion de dirigir todas vuestras obras á Dios, y probarlo con un argumento muy sencillo, pero que no admita contestacion ni réplica, necesito saber antes si me concedéis esta proposicion.— Todos nuestros sentidos y potencias las hemos recibido de Dios, y Dios es su legítimo Señor y Dueño.— ¿Me la concedéis? Pues oid cómo discurro. Si Dios es el legítimo Dueño de nuestros sentidos y potencias, lo es tambien de todos los actos que ellos produ-

cen, porque es un principio inconcuso del Derecho, que el dueño de una cosa es señor y dueño de todo lo que de ella nace. ¿De quién es la yerba que crece en el campo? ¿No es del amo del campo mismo? ¿A quién pertenece el corderillo que nace de la oveja? ¿No pertenece al dueño de la misma oveja? Pues ¿á quién pertenecerán todos los pensamientos, palabras y acciones que producen nuestras potencias? A Dios, que ha sido su autor, y es su legítimo dueño. Y advertid que, así como el que se apropia una cosa contra la voluntad de su legítimo señor comete un latrocinio; del mismo modo quien no dirige á Dios todo cuanto piensa, dice y hace, es reo de hurto y de injusticia.

En una sola suposicion podria no ser robo el no dirigir á Dios algun pensamiento, palabra ú obra; y seria cuando él, despojándose de sus derechos, consintiese en que la consagrásemos, ó bien á nosotros mismos, ó á alguna criatura. Pero ¿puede hacerse una tal suposicion? No, porque él mismo nos ha declarado que lo quiere todo para sí, y que no consiente en que demos cosa alguna á otro. Amarás á tu Señor Dios, nos ha dicho, y le amarás con todo el corazon, con toda el alma, y con todas las fuerzas: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua*<sup>1</sup>. ¿Y cómo podrá cumplirse este precepto, que es el máximo de todos los preceptos, si en el obrar nos proponemos otro fin que Dios? ¿Se ama á Dios con todo el corazon, cuando no se consagran á él todos sus afectos? ¿Se ama á Dios con toda el alma, cuando ella se reserva algun acto, y lo dedica á alguna criatura contra el orden de la caridad que el mismo Dios ha establecido? ¿Se ama á Dios con todas las fuerzas, cuando se le excluye positivamente de una sola accion? No,

<sup>1</sup> Matth. xxii, 37.

y por esto enseña santo Tomás que no puede observarse fielmente el precepto de amar á Dios, sin dirigir á él todas las obras: *Præceptum charitatis impleri non potest, nisi etiam omnia referantur in Deum*<sup>1</sup>.

La bondad de nuestras acciones depende esencialmente del fin con que las hacemos, por manera que por muy santa que sea una accion, si no la hacemos con un fin recto, queda inútil y manchada. Muy frondosa y lozana era la hiedra bajo cuya sombra se puso á dormir el profeta Jonás; pero porque un pequeño gusano, disponiéndolo así Dios, vino á clavar el diente á su tronco, hé aquí que en un instante desapareció toda la lozanía y el verdor, y quedó seca y marchita: *Et paravit Deus vermem... et percussit hederam, et exaruit*<sup>2</sup>. Lo que hace el gusano á una frondosa planta, es lo que hace un mal fin á una accion muy honesta y hermosa; pues la transforma de tal modo, que viene á ser odiosa al mismo Dios. Porque, notad bien esto, mas agradece Dios una intencion recta sin la obra, que una grande obra sin la recta intencion.

¿Y qué mucho que Dios abomine las buenas obras hechas por mal fin, cuando el mismo mundo, tan ciego y malo como es, las desprecia y las detesta? Yo observó que en el mundo se juzga siempre de la bondad ó malicia de una accion, por el fin bueno ó malo que en ella se descubre ó se supone. Sea un hombre muy dado á hacer limosna: si el mundo sospecha que la hace por vanidad, ya no le llama misericordioso, sino soberbio y vano. Sea un hombre que se consagre todo al bien público: si da motivo para suponer que lleva la intencion secreta de hacerse rico ó adquirir fama, ya no se le tiene por hombre caballero y generoso, sino por hombre ambicioso y avaro. Vosotros mismos, cristianos, ¿haceis gran caso de los

<sup>1</sup> D. Thom. 1, 2, art. 10, ad 2. — <sup>2</sup> Jon. iv, 7.

cumplimientos que os hacen ciertos prójimos, de las alabanzas que os dan, de los regalos que os ofrecen? No, porque en ello descubris un fin oculto y una intencion siniestra. Haced como hizo Job con aquellos amigos impertinentes que fueron á consolarle en su desgracia. ¡Qué cosas tan hermosas le dijeron! ¡qué bellas máximas le enseñaron! Uno le decia, que era necesario sujetarse á las disposiciones de Dios: otro, que los males son medios ordenados á nuestra salvacion: otro, que son una purificacion del alma: otro, en fin, que el mejor remedio en las desgracias es la paciencia. Pero á pesar de tan sábias y piadosas amonestaciones, Job no se dió por satisfecho de sus amigos, antes les llamó amigos molestos é insupportables. ¿Y por qué? Porque en todas sus palabras descubria un fin siniestro. Temian ellos que aquel hombre atribulado, que acababa de perder todo cuanto poseia, les pidiese alguna cosa; y por esto se esforzaban en persuadirle que tuviese paciencia, que llevase con ánimo la pobreza, que se conformase con su desnudez; todo al intento de no tener ellos que subvenirle con nada. Y que este fuese el fin malicioso de sus santos consejos, bien se lo declaró el mismo Job cuando les dijo: ¿Y cuando os he pedido yo alguna cosa? Sosegaos, no temais; que yo en medio de mi pobreza nada os pido, y nada quiero de vosotros: *Numquid dixi: afferte mihi, et de substantia vestra donate mihi*? Ahora bien, cristianos, si los mismos hombres estiman en nada las acciones buenas que no procedan de un recto fin, ¿podrá estimarlas en algo aquel Dios que penetra los corazones, y mas atiende á la intencion con que se hace una cosa que á la cosa misma?

Pero parece cosa dura, pensaréis vosotros, que Dios lo quiera todo para sí, sin consentir que se forme un solo pen-

<sup>1</sup> Job, vi, 22.

samiento, ni se diga una sola palabra, ni se haga una sola accion que no sea dirigida á su mayor gloria. Parece que en esto es demasiado exigente.—¡Ah! fieles, tan léjos está Dios de mostrarse en esto sobradamente exigente, que se manifiesta sumamente liberal y generoso. Verdad es que él quiere ser el fin de todos nuestros pensamientos, palabras y obras; pero, contento con la sola gloria exterior que de ellos le resulta, nos cede generosamente á nosotros mismos toda la utilidad, todo el mérito y todo el premio. ¿Y sabeis qué premio tiene él preparado á cada una de las acciones que hacemos en gracia, y con el fin de que contribuyan á su gloria? ¡todo un cielo!

Y cuenta que este gran premio lo merecemos, no solo con las acciones grandes y difíciles, sino tambien con las mas comunes y triviales, con tal que, como he dicho, las hagamos por Dios. Porque él juzga del valor de las cosas, no tanto por lo que son en sí, cuanto por el buen fin con que se hacen. Mas valor tiene delante de él una pequeña limosna dada por amor suyo, que el distribuir toda la hacienda á los pobres por otro fin. Mas merece un simple cristiano diciendo tres palabras de edificacion para gloria suya, que el mas famoso misionero predicando muchos y excelentes sermones con otro intento. Mas meritorio es rechazar por amor suyo un pensamiento impuro, que observar perpétua virginidad por otro motivo. Parece imposible que la recta intencion pueda comunicar tanto mérito á las obras pequeñas, pero es realmente así. ¿Qué puso la viuda del Evangelio en el gazofilacio del templo? un solo dinerillo. Sin embargo, como lo puso con la intencion de honrar á Dios, Jesucristo la elogió sobre cuantos ponian en él cuantiosas sumas. ¿Qué dejaron los Apóstoles por seguir á Jesucristo? una miserable barquilla. Con todo, como la dejaron con la mas pura intencion, el Salvador les aseguró que en cambio recibirian el cielo.

Sigamos, y descubriremos otras utilidades del santo uso de dirigir las obras á Dios. No solo esta santa práctica hace dignas del cielo nuestras acciones menudas y triviales, sino que santifica y hace merecedoras del mismo premio aquellas funciones bajas y groseras que nos son comunes con las bestias. Come un cristiano, y come para gloria de Dios : bebe, y bebe en honor suyo : respira, y respira con el intento de agradarle. ¿Lo creeréis? Este cristiano, comiendo, bebiendo y respirando, adquiere un mérito que será menester todo un cielo para recompensarlo dignamente. Si me preguntais cómo puede ser que unos actos tan viles y materiales sean de tanto valor delante de Dios, que quiera premiarlos con todo un cielo, yo os preguntaré á mi vez : ¿cómo puede ser que un mármol que yacia olvidado en el lodo adquiriera tanta estima que venga á ser colocado en el museo de un príncipe? Es, me diréis, porque una mano hábil lo ha labrado, y ha formado de él una bellísima estatua. Pues la misma respuesta os doy yo : los actos animales son meritorios para el cielo, porque la buena intencion los saca de su condicion vil y grosera, los levanta á un órden sobrenatural, y los hace santos y meritorios.

Conozco que esto os admira ; pero escuchad, y oiréis cosas que todavía os admirarán mas. A favor de la recta intencion podemos dar gloria á Dios y merecer el cielo, no solo con las acciones que hacemos despiertos y en plena vigilia, sino tambien con las que hacemos dormidos y estando sepultados en el mas profundo sueño. ¿Que no lo creéis? Suponed que hubiese un hombre tan perdido é impío, que al tiempo de ponerse á dormir dijese en su interior : Formo intencion y quiero que todos los movimientos que haré esta noche, que todas las palpitations de mi corazon y todas las pulsaciones de mis arterias sean otras tantas ofensas de Dios : ¿no es verdad que

esta intencion perversa y diabólica las haria tales, y que este desgraciado durmiendo cometeria un sinnúmero de pecados gravísimos? Pues por la razon de contrarios, un cristiano que antes de cerrar los ojos al tiempo de acostarse, diga con el pensamiento : Quiero y formo intencion que todos los movimientos que haré durante el sueño, que todas las palpitations de mi corazon, todas las pulsaciones de mis arterias, todas las respiraciones de mis pulmones, y hasta los fantasmas extravagantes que forme mi imaginacion, sean dirigidos á la gloria de Dios : no hay duda alguna que esta intencion santa santifica todos estos actos ; y que el tal cristiano durmiendo honra á Dios, y adquiere grandes méritos para el cielo. ¿Y no fue en sueños que Salomon pidió á Dios el don sublime de la sabiduría, y lo alcanzó? ¿No era durmiendo que la esposa de los Cantares hacia funcionar su corazon como si estuviese despierta, reproduciendo en sueños los actos de amor de Dios que acostumbraba hacer durante el dia? *Ego dormio, et cor meum vigilat*<sup>1</sup>.

En vista de esto ¿habrá quien no reconozca la grandísima utilidad que lleva la piadosa práctica de referir todas las obras á Dios? ¿Habrá quien quiera privarse de los grandes méritos que puede acumular de dia y de noche, velando y soñando, trabajando y comiendo, por no poner en uso esta santa práctica? Pero ¿cómo será posible, diréis vosotros, tener siempre fijo el pensamiento en Dios, para enderezar á su gloria todos y cada uno de los actos de nuestra vida?—Conozco, cristianos, todo el peso de la dificultad, y por esto, despues de haberos demostrado que la direccion de todas las obras á Dios es necesaria y útil, pasaré ahora á haceros ver que es una cosa sumamente fácil.

<sup>1</sup> Cant. v, 2.

Sé que una continua y siempre actual elevacion de nuestro espíritu á Dios no es posible mientras vivamos en este mundo ; así como no es posible dirigir actualmente á él todas las acciones que hacemos, como enseña el angélico Doctor : *Omnia actu referre in Deum non est possibile in hac vita, sicut non est possibile quòd semper cogitetur de Deo*. Pero si no es posible, tampoco es necesario ; pues hay una direccion que los teólogos llaman virtual, la cual basta para que todo cuanto se hace vaya encaminado á Dios, aunque no siempre se esté pensando en él. ¿Por ventura cuando vais de camino estáis siempre pensando en el término de vuestro viaje? No, que os distraeis muchísimas veces, ora hablando con una persona, ora admirando la belleza de la campiña, ora entrando en una posada, etc. ¿Y dejais por esto de marchar hácia el punto que os propusísteis al salir de casa? No, porque, á pesar de estas distracciones, continúa virtualmente en vosotros aquella primera resolucion que formásteis cuando os pusísteis en camino. Pues aquí teneis nuestro caso. Nuestra vida no es otra cosa que un continuo viaje : nuestro término es el cielo, nuestro fin es Dios. Para marchar hácia este término y este fin, no es menester que á cada paso que damos levantemos la mente á Dios, y la tengamos fija en él de una manera inmoble y extática ; basta que nuestro espíritu conserve su primera direccion hácia el Criador, no retractándola, ó con un acto expreso de la voluntad, ó con la adherencia viciosa á alguna criatura. En lo restante podemos aplicarnos á todas las incumbencias de la vida, á todos los actos de nuestra profesion, á todas las necesidades de nuestro cuerpo, sin que esto impida el que todo vaya dirigido á Dios.

Si quereis saber ahora en qué ocasiones debe un cristiano renovar la intencion de hacerlo todo por Dios, os lo explicaré con un ejemplo natural. ¿Habeis parado alguna vez la aten-

cion en aquella misteriosa flor vulgarmente llamada girasol? Como si estuviese enamorada del hermoso astro que le ha dado el nombre, tiene siempre vuelta la cara hácia él, siguiendo constantemente su curso. ¿Está el sol en el Oriente? Allá tiene vuelta ella la cara. ¿Sube el sol algunos grados sobre el horizonte? Ella levanta tambien la cabeza para mirarle. ¿Declina el sol al Ocaso? Ella inclina tambien la cabeza por no perderle de vista. ¿Se hunde el sol en el hemisferio inferior? Hé aquí que ella, como si quisiese llorar la ausencia de su astro amado, inclina tristemente la cabeza hácia la tierra, encoge las hojas que forman su elegante corona, y se está toda la noche como inclusa y sepultada en sí misma. Pero ¿qué? no bien despunta otra vez el sol en la parte de Oriente, cuando ella, cobrando nuevo vigor y nueva vida, se vuelve graciosamente á él, y ya no deja de contemplar su hermosura hasta que de nuevo vuelve á ponerse.

Aquí teneis, fieles, una bellísima imágen de lo que debe hacer un buen cristiano. Como el girasol, debe seguir siempre al eterno Sol de justicia, con la intencion, virtual á lo menos, de agradarle en todos sus actos ; pero al comenzar el dia, al dar principio al curso de sus operaciones diarias, debe renovar la intencion de hacer por Dios todo cuanto hiciere hasta la noche siguiente. Y si durante el dia levantase algunas veces el pensamiento y el corazon á él, renovando la santa intencion formada por la mañana, ¡ah! ¿quién sabrá decirme el nuevo mérito y valor que adquiririan todas sus obras?

Fieles míos muy amados, os suplico que no tengais esta plática por demasiado mística ó espiritual, y solo buena para predicarse á monjas. La doctrina que en ella os he enseñado, no solo es necesaria á los que profesan perfeccion, sino á todos los cristianos en general ; pues ella descubre el im-